

Recibido el 9 de diciembre de 2014 // Aceptado el 1 de abril de 2015

LA MISERICORDIA. «CARTA A UN MINISTRO» DE SAN FRANCISCO

FRANCISCO MARTÍNEZ FRESNEDA OFM
Instituto Teológico de Murcia OFM

Resumen/Summary

Un Ministro Provincial solicita a San Francisco retirarse a un eremitorio para dedicarse a la vida contemplativa. San Francisco le dirige la carta más teológica que se haya escrito en la historia del Cristianismo sobre la misericordia de Dios hecha historia en la vida y doctrina de Jesús de Nazaret. La carta la escribe entre la *Regla no bulada* (1221) y la *Regla bulada* (1223), y cuya doctrina queda legislada en la *Regla bulada* para toda la Orden.

Palabras clave: Misericordia, Obediencia, San Francisco

On Mercy. «Letter to a Minister” of St. Francis.

A Provincial Minister requested St. Francis to retreat to a hermitage to devote himself to the contemplative life before the occurrence of the serious governance problems that beset the Order. St. Francis wrote to the minister the theological letter ever written in the history of Christianity on the mercy of God concretized in the life and teachings of Jesus of Nazareth. The letter was written between the Earlier Rule (1221) and the Later Rule (1223), and its doctrine was legislated in Regula Bulatta for the whole Order.

Keywords: Mercy, Obedience, St. Francis.

Introducción

El papa Francisco ha anunciado un año dedicado a la *misericordia* con la bula «*Misericordiae vultus*», publicada el 11 de abril de 2015. Comienza el próximo día 8 de diciembre de 2015, fiesta de la Inmaculada, Patrona de la Orden Franciscana. Además, estamos celebrando el año dedicado a

la Vida Religiosa. Estos dos acontecimientos eclesiales me han llevado a comentar la «Carta a un Ministro» de San Francisco, donde logra el mensaje más evangélico sobre la misericordia que se haya enseñado en una carta en la historia del cristianismo. Es la mejor contribución que puedo hacer a mi maestro Francisco Víctor Sánchez Gil.

San Francisco escribe la carta entre la *Regla no Bulada* (1221) y la *Regla Bulada* (1223). La forma de la misiva es pesada y monótona, y muestra la evolución legislativa de la Orden hasta la aprobación de la Regla definitiva por el papa Honorio el 29 de noviembre de 1223¹.

Está dentro de una lógica de gobierno la solicitud que un Ministro provincial hace a Francisco de retirarse a un eremitorio debido a los problemas que le presentan los hermanos, porque las responsabilidades de los ministros y custodios al inicio de la Orden son extremadamente delicadas. El mismo Francisco sintió esa tentación, aunque sus motivos fueran por una idea de perfección cristiana que predominaba entonces en el ambiente².

En este tiempo, —aún no hay una verificación amplia y prolongada del cumplimiento de la *Regla no bulada*—, ingresan muchos hermanos y no se da un control adecuado de los candidatos, pues no existen cuadros de formadores preparados para enseñar a vivir las exigencias de la vida evangélica, ni hay una vigilancia de los frailes que van por el mundo para predicar la Buena Noticia de Jesús³. Frente a ello, todavía «preside» la Orden el testimonio de Francisco de seguir a Jesús pobre y crucificado; es un estilo de vida que es difícil de imitar para muchos hermanos que forman la Orden en este tiempo. Entre estas dos realidades, relajación con descontrol de los frailes y ejemplaridad de Francisco, se encuentra el Ministro, y prefiere abandonar las responsabilidades de gobierno para llevar una vida de unión con Dios en los eremitorios⁴. Al final, lo que le interesa es salvar su vida. Y a este objetivo fundamental de la fe contesta San Francisco.

¹ Bula *Solet annuere*; cf. *Francisci Assisiensis 'Scripta'* critice edidit Carolus Paolazzi ofm. Hispanicam versionem scriptorum S. Francisci curavit Isidorus Rodríguez Herrera (†). Hispanicam versionem ex lingua italica ac totius operis revisionem curavit Raphael Sanz Valdivieso ofm. Editiones Collegii Sancti Bonaventurae Ad Claras Aquas, Grottaferrata (Roma), 2014, 160 (en adelante citamos *Scripta*); I. RODRÍGUEZ HERRERA, *Los escritos de San Francisco de Asís*. Murcia 2003, 338 (en adelante citamos, *Los escritos*).

² Cf. SAN BUENAVENTURA, *Leyenda Mayor* 4,2; 12,4; *Florencillas* 16.

³ El papa Honorio promulga el 22 de septiembre de 1220 la bula «Cum secundum», en la que escribe: «Prohibimos además que alguno pueda salir fuera de la obediencia con el hábito de su religión y corromper la pureza de su pobreza».

⁴ *Regla de los Eremitorios*, PAOLAZZI 340-345.

Dividimos la Carta en cuatro apartados, y según su contenido: 1.- bendición; 2.- sufrimiento, obediencia y gracia; 3.- amor y contemplación; 4.- amor misericordioso. Haremos las referencias oportunas a la bula del papa Francisco «*Misericordiae vultus*» y a la encíclica de Juan Pablo II «*Dives in Misericordia*»⁵.

1.- «A fray N., ministro: «El Señor te bendiga» (cf. Núm 6,24)».

Francisco comienza con el principio de la bendición que escribe a fray León tomada del libro de Números: «*El Señor te bendiga y te guarde; te muestre su faz y tenga misericordia de ti. Vuelva su rostro a ti y te dé la paz* (Núm 6,24-26). El Señor te bendiga, fray León» (cf. Núm 27b)⁶.

Francisco parte desde una perspectiva divina. La bendición tiene un doble movimiento. El primero va del hombre a Dios, cuando «habla bien» de Él; y «hablar bien» entraña situar la vida bajo su perspectiva creadora, providente y salvadora. Es la atmósfera que respira el creyente y que le da fortaleza para el día; por eso le bendice a la aurora, al mediodía y al atardecer. El segundo movimiento se inicia en Dios. Entonces, Francisco invoca el favor divino sobre el Ministro, porque todo lo que «mira» el Señor hace que aumente su relación de amor, relación que transmite los dones y frutos del Espíritu: «Sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad, temor de Dios»; y «amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza»⁷.

⁵ Cf. Cartas Apostólicas, w.w.w. *Vatican.van*. Bibliografía sobre la carta: F. AIZPURÚA DONÁZAR, «"Y los traté con misericordia" (Tes 2). Una lectura social del icono del abrazo del hermano Francisco con el leproso», en *Sel. Fran.* 97 (2004) 47-62; M. ÁVILA, «La carta a un ministro», en *Sel. Fran.* 69 (1994) 453-463; K. ESSER, «"De la virtud que ahuyenta el vicio" (Admonición 27 de San Francisco)», en *Sel. Fran.* 63 (1992) 323-328; M. Á. LAVILLA, «La misericordia en San Francisco de Asís», en *Sel. Fran.* 77 (1997) 263-283; P. MARANESI, *Facere misericordiam. La conversione di Francesco d'Assisi: confronto critico tra il Testamento e le Biografie*. Santa Maria degli Angeli (Assisi) 2008; J. A. VIVES, «La caricia materna de Dios Padre en San Pablo y en San Francisco,» en *Sel. Fran.* 84 (1999) 357-368.

⁶ La bendición se encuentra en *Ordo ad clericum faciendum*, un fragmento de un pontifical del siglo XII, que seguramente escuchó Francisco en una ordenación, cf. I. RODRÍGUEZ HERRERA, *Los Escritos*, 110; cf. 2Cel 49; D. ELCID, *Compañeros Primitivos de San Francisco*. Madrid 1993, 139-164; D.V. LAPSANSKI, «Autographus on the Cartula of S. Francis», en *AFH* 67 (1974) 18-37.

⁷ Textos: 1Cor 12,3-4; Jn 14,26. Gál 4,6; 5,22-23; Rom 8,15-17; cf. Is 11,2.

En el caso concreto de la bendición que los sacerdotes de Israel imparten al pueblo, además de los dones descritos por Pablo, se pide al Señor todos los bienes que contempla la esperanza humana. Es una condensación de todo bien posible. Por eso, se solicita al Señor protección del don de la vida, que sus ojos brillen de bondad y misericordia—como Francisco le dirá al Ministro— y le transmita el bien mesiánico de la paz⁸.

2.- «*Te digo, como puedo, acerca del caso de tu alma, que aquellas cosas que te impiden amar al Señor Dios, y cualquiera que te hiciere impedimento, ya frailes ya otros, aun cuando te azotaran, debes tenerlo todo por gracia. Y así lo quieras y no otra cosa. Y esto tenlo por verdadera obediencia del Señor Dios y mía, porque sé firmemente que ésta es verdadera obediencia*».

El sufrimiento que padece el Ministro a causa del mal que hacen los hermanos y, en general, los hombres, *es gracia*, es decir, debe insertarlo en las relaciones amorosas y, por tanto, salvadoras, que establece el Señor con sus criaturas, o el Padre Dios con sus hijos por medio de Jesús. Dicha relación es de amor y amor gratuito de parte de Dios. Sin embargo, las relaciones con los hermanos y con los hombres del Ministro entrañan, por sí mismas, un sufrimiento inevitable desde que el hombre ejerce su libertad. Y ese sufrimiento es el que debe transformar en gracia; colocarlo en la corriente de amor de Dios a sus criaturas, como lo ha revelado en la historia de su Hijo. Y Francisco lo sabe, porque sigue de cerca la vida de Jesús. Veámoslo en tres pasos: el inevitable sufrimiento de Jesús (2.1); la obediencia entendida como una relación de amor (2.2); todo es gracia (2.3)

2.1. Inevitable sufrimiento de Jesús. La «Tau» que sobrescribe Francisco en la letra «L» de la *Bendición* a Fray León ha sido el programa de su vida. Y la ha tenido como término permanente de su ideal cristiano, porque es donde culmina el ministerio de Jesús, con el que se identifica y sigue muy de cerca⁹.

⁸ A. GONZÁLEZ LAMADRID, *Números*. Salamanca 1990, 46-48; R. P. KNIERIM—G. W. COATS, *Numbers*. Grand Rapids (Michigan) 2005, 93-97; P. VARO, *Números*, Bilbao 2008, 73-74.

⁹ Cf. 1Cel 45.91-93; 2Cel 10-11.15; 106. 109.203; LM Pról.2; 1,3; 2,1; 13,2; TC 13-14.27-28.31. 37; LP 37 Clara de Asís, Tes 10-11; D.V. LAPSANSKI, «Autographus» 18-37; H. SCHNEIDER, *Leben im Zeichen des Tau*. Aschffenburg 1989; D. VORREUX, *Un symbole franciscain, la Tau*. Paris 1977.

En efecto, Francisco entiende la cruz de Jesús con tres perspectivas extraídas del NT. La cruz constituye un símbolo de la *maldad*: «Y aun los demonios no lo crucificaron, pero tú con ellos lo crucificaste y todavía lo crucificas, deleitándote en vicios y pecados» (Adm 5,3); a la maldad responde Jesús no con la huída de Galilea o Jerusalén, lugares centrales de su misión, sino con la entrega libre a los hombres y la fidelidad a la vocación que le ha dado el Padre: «Del cual Padre la voluntad fue tal que su Hijo, bendito y glorioso, que nos dio y nació por nosotros, se ofreció a sí mismo por su propia sangre, como sacrificio y hostia en el ara de la cruz» (2CtaF 11), con la que logra nuestra *salvación*: «Te adoramos, Señor Jesucristo, también en todas tus iglesias que hay en el mundo entero, y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo» (Tes 5)¹⁰. Veamos estos tres pasos en Jesús y en las primeras comunidades cristianas.

Jesús experimenta la maldad humana por hacer el bien fuera de las normas judías (cf. Mc 2,23-3,1-6), provocando una crisis en Galilea, que se reproduce en Jerusalén cuando los discípulos le abandonan en el discurso del Pan de Vida (cf. Jn 6,66); a las amenazas de muerte de los herodianos y fariseos (cf. Mc 3,6), le siguen la de Caifás y el Sanedrín en Jerusalén (cf. Jn 11,49-50); a los sumos sacerdotes les es muy fácil cambiar la aclamación del pueblo a su entrada «mesiánica» (cf. Mc 11,1-11par) por el «crucifícale» ante Poncio Pilato (cf. Mc 14,11-15par). Jesús llora al ver un pueblo rebelde y poco dado a aceptar su mensaje (cf. Lc 19,41), y experimenta los más variados sentimientos ante las diferentes situaciones que le hace vivir su ministerio: ira y tristeza (Mc 3,5); compasión, (cf. Mc 1,41); lástima (cf. Mc 6,34; 8,2); gemido (cf. Mc 7,34); protesta (cf. Mc 9,19); enfado (cf. Mc 10,14); cariño (cf. Mc 10,21), conmoción, estremecimiento y lágrimas (cf. Jn 10,33.35). Los discípulos no entienden las claves del mensaje del Reino, cambiando la presencia de un Dios de amor misericordioso por un Dios del poder y dominio sobre todas las naciones (cf. Mc 10,45par). Estos discípulos le traicionan (cf. Mc 14,66-72par), le venden (cf. Mt 27,3), se duermen en la cruel tentación diabólica sucedida en el huerto de los Olivos (cf. Mc 14,32-41par); muere por una causa que no defendió (cf. Lc 23,1-4par) y es crucificado entre malhechores (cf. Mc 15,27par)¹¹.

¹⁰ Cf. «Y te damos gracias porque, así como por tu Hijo nos creaste, así por tu santo amor, con que nos amaste (cf. Jn 17, 26), hiciste que él, verdadero Dios y verdadero hombre, naciera de la gloriosa siempre Virgen beatísima Santa María, y quisiste que fuéramos redimidos nosotros cautivos por su cruz y sangre y muerte» Rb 23,3.

¹¹ R. E. BROWN, *La muerte del Mesías. Desde Getsemani hasta el sepulcro*. I-II. Estella (Navarra) 2005; J.D.G. DUNN, *Jesús recordado. El cristianismo en sus comienzos*.

Pero, a pesar de la crisis personal en Getsemaní¹², todo cambia para los discípulos cuando los acontecimientos pasan de sucesos históricos a hechos divinos, o a pensarlos *desde Dios*, una vez que se han encontrado con el Resucitado y recibido el Espíritu Santo. Siguiendo las claves de San Francisco, Jesús no es una marioneta que baila al son de las intrigas de Caifás, Anás y demás sanedritas, ni siquiera se somete sin más al imperio de la ley romana, porque el más mínimo movimiento de su vida y la de sus discípulos y enemigos está controlado desde su libertad y fidelidad a Dios: «... yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla» (Jn 10,17-18); «... porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado» (Jn 6,38).

Las comunidades cristianas comparan los sufrimientos y la muerte de Jesús con los del siervo de los «Cánticos» del libro de Isaías, en el sentido de que dichos sufrimientos tienen valor *expiatorio*¹³, y los judíos que viven en la diáspora y alejados de Palestina meditan sobre los mártires inocentes de la rebelión de los Macabeos (cf. 2Mac 5,1-17). Los sufrimientos y la muerte de los mártires y de Jesús no se originan por sus pecados, sino que sustituyen y expían los de los hombres, logrando su perdón por su sangre derramada en la pasión y en la cruz. La cruz, por consiguiente, no es sólo una injusticia y un absurdo histórico, sino que sirve y es útil, porque por medio de ella los hombres se salvan. Entonces se aplican a Jesús los textos del *siervo*.

I. Salamanca 2009, 863-988; K. KERTELGE, (Hrsg.), *Der Prozess gegen Jesus. Historische Rückfrage und theologische Deutung*. Freiburg i. B. 1989²; S. LÉGASSE, *El proceso de Jesús*. I-II. Bilbao 1995-1996; Ch. NIEMAND, *Jesus und sein Weg zum Kreuz*. Stuttgart 2007.

¹² Jesús cuando se separa con Pedro, Santiago y Juan del resto de los discípulos «comenzó a sentir *estupor y angustia*». El sufrimiento del justo va más allá en la narración: Jesús sufre una conmoción que está por encima de sus propias fuerzas y lo rompe interiormente. Es un horror que le produce inquietud, ansiedad. Estupor y angustia es más fuerte que el *entristecerse* de Mateo (26,38), que está en la línea de la expresión que Jesús dirige a los tres discípulos: «Siento una *tristeza* mortal; quedaos aquí velando» Mc 14,33-34; cf. Mt 26,37-38.

¹³ Como antes adelanta Pablo: «Dios lo constituyó medio de propiciación mediante la fe en su sangre, para mostrar su justicia pasando por alto los pecados del pasado en el tiempo de la paciencia de Dios; actuó así para mostrar su justicia en este tiempo, a fin de manifestar que era justo y que justifica al que tiene fe en Jesús» Rom 3,25-26; cf. AA.VV., *Gesù servo di Dio e degli uomini*. Roma 1998; M.A. LAVILLA, *La imagen del siervo en el pensamiento de san Francisco de Asís, según sus escritos*. Valencia 1997; G. MICCOLI, *Francisco de Asís. Realidad y memoria de una experiencia cristiana*. Oñate (Guipúzcoa) 1994.

Dice el cuarto cántico: «Él, en cambio, fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes [...] el Señor cargó sobre él nuestros crímenes» (Is 53,4.6.12). Mas este dolor no es en vano; sirve como mediación para la salvación: «Sobre él descargó el castigo que nos sana y con sus cicatrices nos hemos curado [...] mi siervo inocente rehabilitará a todos porque cargó con sus crímenes» (Is 53,5.11). Se manifiesta aquí un tormento distinto de los sufridos por el profeta. Así sucede con Jesús, y lo manifiestan los textos que transmiten la Última Cena: «Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras» (1Cor 15,3; cf. 11,23-26); dolor y muerte que son fuente de salvación para todos¹⁴.

La experiencia del dolor nace, pues, de la maldad de los demás. Jesús, como el siervo, es inocente. No sufre un castigo por sus pecados. Y el mal recibido no es contestado por Jesús, como tampoco por el siervo, sino que lo vive en la dimensión de la *solidaridad*¹⁵. Por consiguiente, al dar la vida por amor, Dios lo transforma en expiación de los pecados del pueblo, en salvación de los hombres, en el extremo sacrificio impulsado por el amor para rehacer la vida de los demás.

Pero hay que advertir que la salvación que propicia la muerte de Jesús no es entendida de una forma exclusiva. Como enseña Francisco, se extiende a toda su vida: de la Encarnación a la Ascensión. Jesús ofrece el pan y el vino a sus discípulos como símbolo de su vida «que se derrama por todos» (Mc 14,24). Se concibe su muerte como su vida, es decir, como servicio al pueblo para alcanzar su liberación y salvación. Esta actitud es su carta credencial para participar en el banquete final del Reino prometido por el Señor (cf. Is 25,6). La continuidad entre la vida y la muerte de Jesús se inserta en la cena pascual, que es la «última» de toda una serie con las que comparte su historia con los demás, liberándolos del hambre (cf. Mc 6,35par) y del pecado (cf. Lc 19,9). La muerte, pues, es el último acto de una existencia

¹⁴ «Durante su vida mortal dirigió peticiones y súplicas, con clamores y lágrimas, al que podía librarlo de la muerte, y por esa cautela fue escuchado. Aun siendo hijo, aprendió sufriendo lo que es obedecer; ya consumado llegó a ser para cuantos le obedecen causa de salvación eterna» Heb 5,7-9.

¹⁵ «... si entrega su vida como expiación [...] Mi siervo inocente rehabilitará a todos porque cargó con sus crímenes». Is 53,10-11; «Pues este hombre no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por todos» (Mc 10,45; cf. Rom 4,25); «Al que no supo de pecado, por nosotros lo trató como a pecador, para que nosotros por su medio, fuéramos inocentes ante Dios» (2Cor 5,21). A estos textos se unen los correspondientes al testamento de Jesús en la Última Cena: «Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros [...] Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre» 1Cor 11,24-25; cf. Mc 14,24par.

transida por el servicio como sacramento del amor. La reflexión de Juan acierta con el fundamento de su comportamiento: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos» (Jn 15,13), reflexión fundada en el dicho: «Pues este hombre no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por todos» (Mc 10,45), que se inserta en el contexto de la misma cena: «¿Quién es mayor?, ¿el que está a la mesa o el que sirve?, ¿no lo es el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como quien sirve» (Lc 22,27-28).

Se comprende, por consiguiente, que guste a Francisco resumir la vida de Jesús como el crucificado, el acto supremo de amor a los hombres, y tan es así que concibe toda su vida orientada hacia ese momento. Por eso usa las imágenes del «cordero» que derrama su sangre por el pueblo¹⁶, del «buen pastor» que da su vida por sus ovejas¹⁷, del «siervo» cuyos sufrimientos expían los pecados de los hombres¹⁸. Y por eso, también, acentúa la pobreza, la humildad y la cruz del Hijo de Dios¹⁹, que son sinónimos, porque las tres se enraízan en el amor de Dios, aseguran la medida sin límites de su amor manifestado en su Hijo²⁰ y fijan la condición de debilidad histórica de dicho amor, o su personalización en la vida humana. De ahí que Francisco se exija²¹ y exija a sus seguidores esta concreta forma de vida²².

2.2.- Obediencia como relación de amor. Francisco inserta los sufrimientos del Ministro en los sufrimientos de Cristo, sufrimientos que causan la salvación; por tanto, hay que aceptarlos cuando no hay otra alternativa. Como hemos visto, el dolor causa la salvación cuando se vive como una relación de amor con Dios, que significa la *obediencia* a su voluntad. La fidelidad que Dios ha demostrado a su criatura después de la rebeldía de los orígenes, le exige ahora la obediencia para plasmar en la historia el proyecto de salvación diseñado desde el momento que se le escapó la creación de sus manos. Veámoslo en tres pasos.

¹⁶ Cf. *CtaO* 19; 1*Cel* 77

¹⁷ Cf. *Adm* 6; *Rnb* 22,32; 2*CtaF* 56

¹⁸ Cf. Is 50,7; *Rnb* 9,3-4; *OfP* 7,7-9

¹⁹ Cf. *Rnb* 9,1.4.6; *CtaO* 27-29; cf. 2*CtaF* 11; *Adm* 6,1; etc.

²⁰ Cf. Rom 8,39

²¹ Cf. *OrSD* 1,2; LP 102; EP 68; etc.

²² Cf. *Rnb* 9,1.4.6; *Rb* 6,3

1º *Dios fiel*. Cuando Jesús está crucificado, los judíos le piden que baje de la cruz. La petición expresa una concepción de Dios, no sólo Todopoderoso, sino también *fiel*. Dios es fiel a su Alianza (cf. Dt 7,9), a sus promesas (cf. 2Sam 7,28), incluso se proclama que Dios es fidelidad (cf. Dt 32,4)²³. Pero la dimensión de fidelidad de Dios se resquebraja con las injusticias que sufren todos los justos y con la muerte de Jesús en cruz, cuando se mantuvo fiel en su vida. La Resurrección de Jesús como primicia de la resurrección de todos los justos y de toda la creación, salida de sus manos bondadosas, prueba que el Dios omnipotente en su dimensión física no existe. Dios es Amor (cf. 1Jn 4,8.16) y, por tanto, *débil*; por eso, es víctima del *poder* del mal, como demuestra la cruz. *Este* Dios está incapacitado para salvar a su Hijo por su poder físico. Dios *sufre* la muerte de su Hijo por ser todo y sólo Amor. Pero este amor es omnipotente: es capaz de crear y recrear²⁴.

2º Frente a la desobediencia generalizada, Jesús está dispuesto a obedecer la voluntad de Dios que ha decidido recrear y salvar su creación. Jesús obedece en todo a Dios; su objetivo es someterse a la voluntad del Padre hasta identificarse con Él: «Yo y el Padre somos uno». Así pues, obedece a María y a José y al Padre en el contexto de una espiritualidad donde la Ley regula las relaciones familiares, sociales y religiosas; obedece a Dios en la angustia de Getsemaní (cf. Mc 14,36par), y hasta en su muerte en la cruz (cf. Lc 23,46), donde la obediencia mantenida desde el Bautismo, cuando el Padre le indica la forma de conducirse en Israel, le lleva al extremo de dar su vida: «... y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2,8). Y porque obedece, Dios le escucha y le salva de la muerte (cf. Heb 5,7-9)²⁵.

²³ Dios protege y recompensa a sus elegidos, como sucede con los jóvenes arrojados al horno por no comer manjares impuros en la corte de Nabucodonosor (cf. Dan 1,1-15); o con Daniel, cuando lo lanzan al foso de los leones (cf. 6,17-29); o con Susana y los dos viejos que quieren abusar de ella (cf. 13,1-63). Se pone un interrogante a la fidelidad de Dios al justo cuando este sufre y el injusto tiene suerte. Entonces pregunta Jeremías al Señor: «¿Por qué prosperan los malvados y viven en paz los traidores?» (12,1). Pero, no obstante las adversidades del justo, se mantiene la idea de la justicia y bondad de Dios (cf. Job 38-41).

²⁴ Cf. F. MARTÍNEZ FRESNEDA, *Jesús, Hijo y Hermano*. Madrid 2010, 338-339.

²⁵ Con la obediencia a la voluntad divina se mantiene fiel a la misión encomendada y consigue la salvación para todos, como el siervo. En este sentido Pablo afirma: «Como por la desobediencia de uno todos resultaron pecadores, así por la obediencia de uno todos resultarán justos»; o con respecto a los creyentes: «¿No sabéis que si os entregáis a obedecer como esclavos, sois esclavos de aquel a quien obedecéis? Si es al pecado, destinados a morir; si es a la obediencia, para ser inocentes». Rom 5,19; 6,16; cf. J.A. GUERRA, «La Autoridad

3º La identificación de Francisco con Jesús es tan intensa, que también para él «vivir es obedecer a Dios»²⁶. Y esta obediencia la reglamenta para toda la fraternidad, para todos los hermanos. Todos, los superiores y súbditos, se tienen que servir mutuamente, porque todos deben obedecer al Señor. En la fraternidad nadie hay autónomo o puede vivir al margen de la obediencia a Dios. Y todos deben relacionarse con la autoridad del Señor en la historia, que es Jesús. Por eso, el Evangelio será la norma visible en la que se reflejará la relación de sumisión a Dios Padre: «Y ningún fraile haga mal o hable mal al otro; sino más bien, por la caridad del espíritu, voluntariamente se sirvan y obedezcan unos a otros. Y esta es la verdadera y santa obediencia de nuestro Señor Jesucristo». Tan es así, que lo que iguala a toda la fraternidad es su ser y relación fraterna, y lo que la distingue es su función. Como unos son cocineros, otros hortelanos, otros limosneros, otros predicadores, otros sacerdotes, así algunos son ministros y otros súbditos, pues ser superior no es un estado que exprese un sentido de vida, por el que se transmite la voluntad del Señor, como sucede en los monasterios, sino que es un ministerio cuyo sentido lo da el servicio a los hermanos. De ahí, que los hermanos se deben lavar los pies unos a los otros, como el Jesús hizo en la Última Cena (cf. Jn 13,4-6).

San Francisco resume su sentido de la obediencia de esta manera:

a.- *Renuncia de sí*: «Dice el Señor en el Evangelio: *El que no renunciare a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo* (Lc 14,33); y: *el que quisiere salvar su alma, la perderá* (Lc 9,24). Aquel hombre deja todo lo que posee y pierde su cuerpo, que se ofrece a sí mismo todo entero a la obediencia en las manos de su prelado. Y todo lo que hace y dice, que él sepa que no es contra su voluntad [del prelado], mientras sea bueno lo que hace, es verdadera obediencia. Y si alguna vez el súbdito ve cosas mejores y más útiles para su alma que aquellas que le ordena el prelado, sacrifique las suyas voluntariamente a Dios, y se aplique a cumplir con la obra las cosas que son del prelado».

y obediencia en las dos Reglas Franciscanas», en *Sel.Fran.* 29 (2000) 406-445; S. LÓPEZ, «Obbedienza», *Dizionario Francescano*. Padova 2002, 1258-1278; F. MARTÍNEZ FRESNEDA, *Jesús*, 343-345; F. URIBE, *La Regla de San Francisco*. Murcia 2007².

²⁶ «¡En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo! Esta es la vida del Evangelio de Jesucristo, que fray Francisco pidió que le fuese concedida y confirmada por el señor Papa. Y él se la concedió y confirmó para sí y sus frailes, presentes y futuros. Fray Francisco y todo el que será cabeza de esta Religión, prometa obediencia y reverencia al señor Papa Inocencio y a sus sucesores» *Rnb* 1-4, cf. *Rb* 2.

b.- Se renuncia *para establecer relaciones exclusivas de amor*, cuyo término no tiene límites, pues, como Jesús, ha amado hasta entregar su vida: «Pues ésta es obediencia caritativa (cf. 1Pe 1,22), porque satisface a Dios y al prójimo. Pero si el prelado ordena algo contra su alma, aunque no le obedezca, sin embargo no lo abandone. Y si de ahí sufre persecución por algunos, ámelos más por Dios. Pues el que sufre persecución antes de que quiera separarse de sus hermanos, verdaderamente permanece en la perfecta obediencia, porque da *su vida* (cf. Jn 15,13) por sus hermanos» (*Adm 3*).

2.3.- *Todo es gracia*

La afirmación de Francisco da con el núcleo central de la fe cristiana. El Ministro sufre el pecado de los hermanos, el pecado del mundo; también experimenta que la única forma de escapar a su dominio es la *obediencia* radical al Amor, que es Dios, y en dicha relación de obediencia advierte que la *vida proviene exclusivamente del Señor*, que da el sentido y las fuerzas para vivir. Es así como conoce que su vida pertenece al Señor, que «todo es gracia» dentro de la historia de la fraternidad, de la historia del mundo, de la cultura que sustenta la fe y la Iglesia. Poco a poco, se fijará el Ministro en que la relación gratuita del Señor es algo previo a cualquier deseo y acción de bien que tienda, desee y haga. No se da el Señor porque sepa que va a responderle o espere una contestación adecuada a su amor. Él es una dinámica de amor, un movimiento continuo de vida que se abre, se comunica, crea y regenera vida. No tiene Dios otra forma de ser y existir hacia la creación. Por consiguiente, es don cuando se abre al Ministro, a todos, al margen de que lo merezca y le vaya a responder con amor al amor recibido²⁷.

Pero el dinamismo de entrega del Señor se ha revelado y situado en la *historia de Jesús*: «Pero ahora, sin la ley se ha manifestado la justicia de Dios, atestiguada por la Ley y los Profetas; justicia de Dios por la fe en Jesucristo para todos los que creen. Pues no hay distinción, ya que todos pecaron y están privados de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención realizada en Cristo Jesús»²⁸. A partir de Jesús, por su pasión y muerte para Pablo, arranca el verdadero sentido de la vida humana cuando se lee desde Dios. Estos son los pasos que recorren los

²⁷ Cf. Rom 3,24; 5,2; 6,4; 8,3-4; 11,5-6; Gál 2,20ss; Flp 2,8ss; etc.; A. GANOCZY, *De su plenitud todos hemos recibido*. Barcelona 1991; L.F. LADARIA, *Teología del pecado original y de la gracia*. Madrid 1993; J.L. RUIZ DE LA PEÑA, *El don de Dios*. Santander 1991; J. L. LORDA, *Antropología Teológica*. Pamplona (Navarra) 2009.

²⁸ Rom 3,21-26; cf. 8,32; 2Cor 13,13; etc.

cristianos, gracias exclusivamente a Dios: creados por su amor, perdonados por su amor en su Hijo, justificados por Él, salvados por Él por medio de su Hijo y, finalmente, todo el proceso del crecimiento personal y comunitario, lo que se entiende por santificación, proviene del Señor en Cristo Jesús. Se puede terminar con la afirmación paulina: «Pues yo he muerto a la ley por medio de la ley, con el fin de vivir para Dios. Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí»²⁹. Por eso, el Ministro impondrá en la relación con los hermanos el orden de la gracia, de la donación, recibida desde el Señor en Cristo, y se alejará de la justicia como premio y castigo en las relaciones de amor.

En efecto. La gracia que nace en Dios y se canaliza por la historia de Jesús termina en las *relaciones amorosas entre los hermanos*. La afirmación proviene de uno de los núcleos fundamentales de la revelación cristiana: «Queridos hermanos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados. Queridos hermanos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud»³⁰. El movimiento de amor que nace de Dios y se concreta en el envío de su Hijo para salvar a la creación no exige, de por sí, una correspondencia humana a dicho amor. La respuesta al amor que procede de Dios y se manifiesta en Cristo se dirige a los hombres, comprendidos como hermanos. El Ministro, entonces, entenderá aquello: «Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis...»³¹. Es lo que le dirá Francisco a continuación.

²⁹ Gál 2,19-20; cf. Rom 8,10s; Flp 1,21; Col 3,3-4. A. M. BUSCEMI, *Lettera ai Galati: commentario esegetico*. Jerusalem 2004; F. PASTOR-RAMOS, *Para mí, vivir es Cristo. Teología de San Pablo. Persona, experiencia, pensamiento, anuncio*. Estella (Navarra) 2010.

³⁰ 1Jn 4,7-12; cf. Rom 5,8; 8,31-32; etc.

³¹ Mt 25,31ss; cf. Is 58,6-8; Ez 34,17Prov 19,17; Mt 8,20; 10,40; 16,27; 18,5; Lc 10,16; Jn 13,33-35; Hch 9,5.

3.- «*Y ama a aquellos que te hacen esto. Y no quieras otra cosa de ellos, sino lo que el Señor te diere. Y ámalos en esto; y no quieras que sean mejores cristianos. Y ten esto por más que un eremitorio*».

3.1.- Situado el Ministro en la perspectiva de la relación de amor de Dios, entonces su relación con los hermanos, sean cuales fuere, es la del amor. Pero Francisco afirma no sólo el *hecho* de amar, sino la *actitud*, que también debe reflejar la actitud de Dios. Esto va a ser el paso previo a la misericordia.

El amor al prójimo; el amor a todos los hombres, que impulsa el amor recibido del Señor, tiene una *doble dimensión* y un *horizonte inabarcable*. La doble dimensión —el bien objetivo y la actitud subjetiva— la ofrece la parábola del Buen Samaritano (cf. Lc 10,29-37). Todo parte de una pregunta que un jurista le hace a Jesús sobre cómo se puede conseguir la vida eterna. Jesús le remite a la Ley, en la que se afirma el amor a Dios y al prójimo³²: De aquí arranca otra pregunta del maestro de la ley sobre «Y ¿quién es mi prójimo?» (Lc 10,29), o ¿dónde está el límite del amor?, o ¿hasta dónde debe uno amar?, porque si está claro el amor a los de la misma raza y religión, que se presentan como próximos, no lo está tanto el amor a los lejanos.

Después de la narración del hombre asaltado y dejado por muerto en el camino, Jesús se dirige de nuevo al escriba cambiando la pregunta originaria y la cita de la Escritura sobre el amor, pues, según esta, el prójimo es el judío apaleado, el objeto de la posible atención de los tres viandantes, el que solicita en su penoso estado un acto de misericordia, el que en su estado de extrema gravedad está pidiendo que se le rescate de la muerte por encima de cualquier diferencia que afecta a una relación de ayuda y de servicio. Pero ahora la pregunta la hace Jesús en estos términos: «¿Quién de los tres te parece que se portó prójimo del que tropezó con los bandoleros?» (Lc 10,36); es decir, ¿quién se hizo prójimo, quién se aproximó y se acercó a la víctima de los salteadores? Porque la cercanía no crea la ayuda, como es patente en el sacerdote y levita, sino la *compasión*, que es la que *mueve* al samaritano a ayudar y convertirse en «prójimo». Jesús cambia el objeto por el *sujeto* del amor. La compasión jamás puede delimitar su objeto. Dios es «prójimo» de todo el mundo y el amor compasivo es lo que lo convierte en una proximidad salvadora, justamente todo lo contrario de lo que sucede en cualquier ámbito que no tiene espacio para el amor. Por eso, todo aquel que se inserta y sigue este nuevo movimiento amoroso de Dios es el que realmente par-

³² «Amarás al Señor tu Dios de todo corazón, con toda el alma, con todas tus fuerzas, con toda la mente, y al prójimo como a ti mismo» Dt 6,5; Lev 19,18.

ticipa en la eternidad divina (cf. Lc 10,25). El escriba acierta contestando: «el que lo trató con misericordia» (Lc 10,37), sin citar al samaritano, porque sería un injuria que un judío tenga, encima, que admitir que con quien tiene que identificarse sea con un «hereje» del judaísmo, pues es el que ha cumplido perfectamente con la ley judía del amor generoso y desinteresado. Pero Jesús remacha: «Ve y haz tú lo mismo» (Lc 10,37).

Jesús da un paso más abriendo el horizonte del amor. Es la última antítesis de Mateo: «Habéis oído que se dijo: *Amarás a tu prójimo* (Lev 19,18) y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos, rezad por los que os persiguen. Así seréis hijos de vuestro Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos. Si amáis solo a los que os aman, ¿qué premio merecéis? También lo hacen los recaudadores. Si amáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? También lo hacen los paganos. Sed, pues, perfectos como vuestro Padre del cielo es perfecto» (Mt 5,43-48; Lc 6,27-28.35).

Jesús cita el texto reseñado del Levítico en el que se manda el amor y la defensa de aquellos que pertenecen al pueblo de Israel. Es, pues, un amor práctico, que no teórico. Esta exigencia tiene en cuenta otro pilar de la religiosidad del pueblo elegido, y que Mateo refiere al final del párrafo: «El Señor habló a Moisés: Di a toda la comunidad de los israelitas: Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo» (Lev 19,2). El punto de partida es el amor de Dios a su criatura, la ilimitada ternura o la libre cercanía del amor de Dios a toda persona. Esto provoca la profunda alegría y el gozo interior de los que descubren y aceptan este nuevo movimiento divino³³ y les obliga a vivirlo con todos los hombres en el contexto de la presencia del Reino. Entonces, el campo de las relaciones humanas se queda sin fronteras, al no levantar Dios muro alguno para establecer contacto con los vivientes. Por su paternidad universal fundamenta una dignidad común y un común reconocimiento entre todos. Ahora podemos entender la frase de Francisco: «No pretendas que sean mejores cristianos», para recibir el amor por el amor ofrecido en forma de compasión. Afirmo exactamente lo del amor a los enemigos cuando Jesús radicaliza, de manera absoluta, el amor como obras y acciones concretas que determinan la conducta permanente de cualquier seguidor suyo ante el que le descalifica y le hace un daño real. Presupone la afirmación de Lucas: los que os *odian*, los que os *maldicen*, los que os

³³ Jesús recomienda la oración por los enemigos, cf. Mc 10,9-10; Mt 10,17-18. La razón no es la participación de una misma naturaleza, o defender la armonía del cosmos como espejo de la bondad de Dios al estilo griego, o el texto del Salmo (145,9): «El Señor es bueno con *todos*». Cf. Mt 20,1-16; Lc 6,35; Mt 5,45.

injurian (Lc 6,17); lo que lleva consigo ser bien vistos por Dios: «Bienaventurados los perseguidos...» (Mt 5,10-11). Y son del agrado divino porque reproducen el amor paterno de Dios a todas sus criaturas (cf. Mt 5,9).

Solo es posible erradicar el mal respondiendo con el bien. No hay otra salida si se quiere la conversión: que el pecador sepa dónde está y en qué consiste el amor, la única experiencia que puede salvar. Francisco transmite su experiencia con los hermanos, los que le hicieron tanto sufrir, pero que siempre retuvo como «hermanos» —«El Señor me dio hermanos» (Tes 2)— y como pecadores que son, y como pecadores que somos todos³⁴ debemos estar convencidos de lo siguiente:

a.- la perfección es una cuestión divina, que no un esfuerzo personal o exigencia externa proveniente de un poder mayor, como son los que suelen ejercer los superiores; por eso no le dice Francisco al Ministro que no intente que los hermanos sean mejores cristianos por la imposición de la ley; o por el mando como superior; o para tener una paz ficticia guardada por el cumplimiento de las leyes comunes;

b.- la relación de amor va del que tiene una experiencia de amor de Dios dentro de su ser pecador, a otro ser pecador, que tiene que observar la imagen de Dios, muy difícil si se compara cuando se ve la bondad y la gracia en los hermanos. Aquí se camina de la gracia del Señor, la del superior por ser también pecador, al súbdito pecador, porque solo desde la gracia de ser hijo de Dios se le puede amar y convertir. Por eso, también, todo es gracia, todo es relación de amor del Señor. Cuando Cristo, constituido por el Señor Juez al final de los tiempos, diga «Venid benditos de mi Padre», los elegidos no sabrán que eran hijos de Dios, ni hermanos suyos; simplemente ayudaron, amaron. Ese es el trasfondo que debe aplicarse a todo ser humano, sea de la creencia que sea.

Francisco invita al Ministro a cumplir la Regla: «Atendamos a todos los frailes, porque dice el Señor: *Amad a vuestros enemigos y haced el bien a los que os odian* (Mt 5,44 par.), porque nuestro Señor Jesucristo, cuyas huellas debemos seguir (cf. 1Pe 2,21), llamó amigo a su traidor (cf. Mt 26,50) y se ofreció espontáneamente a los que lo crucificaron. Son, por tanto, amigos nuestros todos aquellos que injustamente nos acarrean tribulaciones y angustias, afrentas e injurias, dolores y tormentos, martirio y muerte; a los

³⁴ No situarse en el pedestal de la perfección y desde ahí juzgar; por eso Jesús odia el juicio de condenación: Lc 6,37-42; Mt 7,1-2, cuando Dios lo convierte en juicio de salvación: Rom 8,31-34; Jn 5, 45; etc.

cuales debemos amar mucho, porque de lo que nos acarrean, tenemos la vida eterna»³⁵.

3.3. «*Y ten esto por más que un eremitorio*»³⁶. Francisco deja la estructura de pecado de la cultura y la sociedad y se entrega por entero a Dios, según el Evangelio de Cristo Jesús. Y tan es así, que la presencia divina constituye la atmósfera que respira³⁷, marginando los intereses que establecen las preocupaciones cotidianas y de siempre de las personas. Pero una cosa son las expresiones típicas de su tiempo, como son el desprecio del cuerpo y los placeres de la vida, y la entrega total a las cosas del Señor, y otra cosa es estructurar la vida al margen de la historia humana. Me refiero a la condena de la Creación y lo que se entiende como la actividad evangelizadora de los cristianos siguiendo la predicación del Reino de Jesús por los pueblecitos de Galilea, una actividad muy distinta a la de Juan Bautista y los eremitas de entonces, refugiados en el desierto y pregonando el fin del mundo desde su retiro. Baste recordar el «Cántico al Hermano sol» para probar el amor de Francisco a la Creación.

La Regla de los eremitorios está redactada con la intención de recordar a los frailes cuál es el verdadero Señor al que hay que servir, pero no significa que se dediquen a la vida contemplativa como se ha entendido entonces y ahora. Y Francisco, con respecto al Ministro, lo tiene muy claro: retirarse

³⁵ *Rnb* 22,1-4; cf. *Adm* 9,1-3; *Rnb* 1,1.

³⁶ Cf. K. ESSER, «Die "regula pro eremitoriis data" des hl. Franziskus von Assisi», *FSt* 44 (1962) 383-417; C. PAOLAZZI, *Escritos* 340-345; I. RODRÍGUEZ HERRERA, *Los escritos*, 627-632.

³⁷ Cf. «Verdaderamente son de corazón limpio los que desprecian las cosas terrenas, buscan las celestiales y no dejan de adorar y ver siempre al Señor, Dios vivo y verdadero, con corazón y alma limpia» *Adm* 16,2; «Todos los que aman al Señor *con todo el corazón, con toda el alma y la mente, con toda la fuerza* (cf. Mc 12,30), y aman a sus prójimos como a sí mismos (cf. Mt 22,39), y tienen odio a sus cuerpos con los vicios y pecados, y reciben el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, y hacen frutos dignos de penitencia: ¡Oh cuán bienaventurados y benditos son ellos y ellas, mientras hacen tales cosas y perseveran en ellas!, porque *descansará sobre ellos el espíritu del Señor* (cf. Is 11,2) y hará en ellos habitación y *morada* (cf. Jn 14,23), y son hijos del Padre celestial (cf. Mt 5,45), cuyas obras hacen, y son esposos, hermanos y madres de nuestro Señor Jesucristo (cf. Mt 12,50). Somos esposos, cuando por el Espíritu Santo se une el alma fiel a nuestro Señor Jesucristo. e somos hermanos, cuando hacemos la voluntad del Padre que está en los cielos (Mt 12,50). Madres, cuando lo llevamos en nuestro corazón y en nuestro cuerpo (cf. 1Cor 6,20), por el amor divino y la conciencia pura y sincera; lo damos a luz por la santa operación, que debe iluminar a los otros con el ejemplo (cf. Mt 5,16)» *CtaF* 1-12; cf. *Rnb* 22,9; *Rb* 10,10; cf. *1Cel* 5.71.103; *2Cel* 9.94; *LM* 1,4-5; X, 3; *LP* 71; etc.

es una cuestión esporádica y secundaria en la Orden, como él mismo hizo cuando visita el Monte Alverna, pero no es un estilo de vida como siguen las órdenes contemplativas³⁸. La cuestión para Francisco está en *cambiar de sentido y criterios para vivir*, pero no cambiar los *espacios* que el Señor ha dado para escribir la historia, huyendo y despreciando donde la gente desarrolla su existencia. En un momento de su vida también se lo planteó Francisco, cuando manda a Maseo para que consulte a Clara y Silvestre si debe dedicarse a la vida contemplativa. La respuesta de los dos es la misma: «Esto es lo que has de decir al hermano Francisco de parte de Dios: que Dios no lo ha llamado a ese estado solamente para él, sino para que coseche fruto de almas y se salven muchos por él»³⁹. ¿Por qué Clara, Silvestre, y ahora Francisco, aconsejan al Ministro la evangelización dentro de la historia humana, sin salirse de ella?⁴⁰

Antes se pensaba que la santidad tenía dos formas de conducirse en la Iglesia. La primera era la vida contemplativa en la que se da prioridad a la oración personal y comunitaria y a los procesos interiores de unión con Dios. Y la otra forma es la de la vida activa, en la que se da preferencia a la evangelización de los pueblos. Estas dos formas de vida no responden a una exigencia del contenido de la fe cristiana, sino a la de la cultura griega. En ella la primacía la posee el alma, cuya naturaleza espiritual es la que asegura la eternidad de la persona. Por el contrario, la temporalidad, a la que está sujeto el cuerpo, lo desgasta, lo deteriora y lo deshace. Es la dimensión de la persona que está llamada a desaparecer. Esta visión del hombre se aplica a la historia humana y al mundo, también llamados a destruirse en su dimensión material, cuya naturaleza es contingente y finita.

³⁸ Cf. F. URIBE, *Strutture e specificità della vita religiosa secondo la regola di S. Benedetto e gli opuscoli di S. Francesco*. Roma 1979.

³⁹ *Floreccillas* 16; cf. SAN BUENAVENTURA, LM 4,2; 12,4.

⁴⁰ Entonces y también ahora se usa el párrafo lucano de Marta y María para simbolizar la vida activa y contemplativa en la Iglesia. Nada tiene que ver el relato evangélico para fundamentarlas. Cuando Jesús alaba a María no se refiere a la evasión de las responsabilidades sociales que deben realizar los hombres, en este caso ayudar a su hermana Marta, sino a saber dar prioridad (lo «único necesario», es la «mejor parte», la «parte buena») a aquel trabajo que, aparentemente, no tiene una producción inmediata o una rentabilidad evidente: escuchar a Jesús y, en la escucha, comprender la inmediatez de la presencia de Dios en su reino. La actividad responde a la voluntad de Dios, lo que dimana directamente de Él, porque todo lo que ofrece es, por sí mismo, bueno; es dar sentido a la vida y al esfuerzo que lleva consigo. Nadie, por tanto, le quitará a María este don que transmite la palabra de Jesús al final de la historia.

Jesús es constituido Hijo de Dios en la Pascua de Resurrección. De una vida oculta en la historia revela poco a poco su verdadera dimensión, cuya cima alcanza cuando la comunidad de seguidores experimenta la Resurrección con Pedro al frente. Entonces, los discípulos descubren que la naturaleza filial de Jesús es desde siempre. De la Resurrección, el culmen de la vida de Jesús, retrocede a su vida pública antes de padecer y morir, en la escena de la transfiguración⁴¹; después viene la revelación divina que sucede en su bautismo (cf. Mc 1,9-11par). El bautismo remite a su concepción⁴²; y de aquí solo hay un paso para remontarse a la misma gloria divina: «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios»⁴³.

La relación íntima y permanente entre la Palabra y Dios en la historia humana se da entre el *Hijo unigénito y el Padre*⁴⁴, y abarca tres acciones fundamentales para la vida creada. Primero, Dios *crea* por ella⁴⁵, de forma que Dios es conocido en la historia por medio de la Palabra. Segundo, la presencia de la Palabra que ilumina, tanto al mundo que se crea por medio de ella, como al hombre que se salva por medio de ella, se acerca a la historia, se pone en movimiento para dejarse ver⁴⁶. Tercero, se muestra en la historia lo que ha venido anunciándose: «La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros»⁴⁷. La comunión íntima y máxima entre Dios y la Palabra se revela al mundo, y su gloria se hace visible a los creyentes como en otros tiempos el Señor se manifiesta a Israel (cf. Éx 33,22; Dt 5,21). La *revelación* de Dios está ahora en el «Hijo único del Padre, lleno de lealtad y fidelidad» (Jn 1.14). Lo que se puede ver de Dios no es la gloria que el Hijo tenía con el Padre antes del tiempo (cf. Jn 1,18; 17,5), ni a Dios todo y totalmente, sino la gloria que se muestra para el creyente en la historia del «Hijo único

⁴¹ Cf. Mc 9,2-8par; cf. Mt 17,1-8; Lc 9,28-36; 2Pe 1,17-18.

⁴² Cf. Lc 1,31-32; Is 7,14; Mt 1,21.

⁴³ Jn 1,1-14; cf. Gén 1,1ss; 1Jn 1,1-2; Col 1,15-20; Heb 1,1-3; etc; cf. S. GRASSO, *Il Vangelo di Giovanni*. Roma 2008, 34-66; F. J. MOLONEY, *El evangelio de Juan*. Estella (Navarra) 2005, 57-71; O. Hofius, «Struktur und Gedankengang des Logos-Hymnus in Joh 1,1-18», *ZNW* 78 (1987) 1-25; I. DE LA POTTERIE, «“C’est lui qui ouvert la voie”». La finale du prologue johannique», *Bib* 69 (1988) 340-370.

⁴⁴ Jn 1,1.14: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad».

⁴⁵ Jn 1,3.10: «Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho [...] En el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de él, y el mundo no lo conoció».

⁴⁶ Jn 1,10-11: «... Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron»; cf. 1,9; 1Jn 1,3-4.

⁴⁷ Jn 1,14; cf. 1,3-4.9; Éx 25,8; Eclo 24,8.10.

del Padre», un don de Dios que la comunidad cristiana comprueba que es verdad.

Por consiguiente, queda descartada una de las exigencias de la cultura griega: abandonar el mundo para irse a lo más alto del cielo, al lugar donde se encuentra la verdadera vida: la gloria divina, o encerrarse entre muros para darle la espalda a la historia y fijarla en la eternidad en medio del tiempo. *El Señor se ha movido en sentido contrario*: ha dejado su gloria para tomar la vida humana. El Hijo de Dios se ha puesto al alcance de los hombres. No debemos huir de la historia, pues el Señor se ha encarnado en ella. Aquí reside la clave de la fe cristiana y franciscana: se apoya en una presencia de Dios en la historia de Jesús. Para salvarse el Ministro no puede desertar de sus hermanos, de la fraternidad, no puede negarlas, sino asumirlas y mirarlas cara a cara.

Francisco lo experimenta según lo proclama un himno de la primera comunidad cristiana: el Hijo que se encarna y regresa a la gloria divina cuando cumple su misión salvadora: «Pues conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, por vosotros se hizo pobre para enriqueceros con su pobreza»⁴⁸. El rico asume un modo de ser esclavo, se hace a imagen y semejanza del hombre, lo que le obliga a despojarse de sí en su relación histórica. Es un vaciarse de sí tan radical, y lleva consigo una generosidad tan extrema, que se coloca en el lugar más ignominioso que puede sufrir el ser humano, como es la muerte en la cruz.

4.- Y en esto quiero conocer si tú amas al Señor y a mí, siervo suyo y tuyo, si hicieres esto, a saber, que no haya algún fraile en el mundo, que haya pecado todo cuanto haya podido pecar, que, después que haya visto tus ojos, nunca se retire sin tu misericordia, si busca misericordia. Y si no buscara misericordia, pregúntale tú si quiere misericordia. Y si pecara mil veces después delante de tus ojos, ámalo más que a mí, para que lo atraigas al Señor; y ten siempre misericordia de los tales. Y, cuando puedas, comunica a los guardianes que por tu parte estás resuelto a obrar así.

4.1. El relato divino de la misericordia. El triple movimiento de Dios

Francisco enseña al Ministro cómo debe salir de sí para recuperar a los hermanos pecadores. Él ya lo ha experimentado cuando hizo misericordia

⁴⁸ 2Cor 8,9; cf. Flp 2,6-11; cf. *Adm* 1,8; *1CartF* 1,7; *2CartF* 50-53.56).

con los leprosos. Ahora le toca al Ministro redimir a los hermanos, siguiendo el recorrido del Señor Dios y su Hijo Jesús: *ser misericordioso*.

El Ministro debe vivir las tres etapas que han pasado Dios, Jesús y Francisco. El punto de partida ya lo hemos expuesto: Dios es amor, según manifiesta Jesús⁴⁹. Pero la identidad amorosa divina, cuando se abre a la creación y a los hombres, se revela como una relación de amor *compasivo*, de amor *consolador*, para terminar como un amor *misericordioso*. Si bien en la Escritura estas fases aparecen algunas veces unidas o interrelacionadas, el proceso que siguen lo entendemos mejor, antropológicamente hablando, cuando la compasión y la consolación preceden al amor misericordioso, aunque ambas se incluyen en la actuación misericordiosa divina. Por eso, el Ministro debe estar atento a Dios y a Jesús cuando los hermanos le miren a los ojos y se topen no con la ley o los castigos merecidos por sus pecados *según justicia*, sino con la misericordia *según Dios*.

1º *Dios es compasión*. Dios, al ser amor, tiene la capacidad de asumir como propio el sufrimiento de los demás⁵⁰. No es una cuestión psicológica, sino existencial, por la que, quien se compadece, inicia un movimiento de empatía o de solidaridad por el que trata de aliviar, remediar o evitar el sufrimiento de otro. Por eso, Dios, para compadecerse, hay que admitir que sufre. Dios no es un Dios *apático* que está al margen de la historia de su Hijo y sus hijos. Dios *sufre* la pérdida de su Hijo en la cruz, como sufre las cruces de todos sus hijos que han padecido y padecen en la historia, y acompaña

⁴⁹ El español solo tenemos una palabra para expresar la identidad divina y las relaciones amorosas humanas, pero la Escritura es muy rica en este sentido: «Dios es amor» (1Jn 4, 8.16). *Agapaō*, amar, es el amor de persona a persona, el amor de y a Dios, el amor al prójimo y supone intensidad y profundidad; *phileō* ocurre en el NT mucho menos que *agapaō*; se emplea más en la relación entre amigos y sin ningún acento teológico, como en Mt 10,37; Lc 14,26-27; EvT 55.101; Mc 12,38-39par; 14,44par; Mt 6,5; etc., aunque en Jn 5,20 y 16,27 se usa para expresar el amor de Dios a Jesús y a los discípulos; *stergo* comporta un aspecto más sentimental y *eraō* es el amor deseado y apasionado.

⁵⁰ Como acabamos de decir, tanto en español, como en hebreo o en griego, compasión, gracia, piedad, benevolencia, simpatía, etc., no son tan fáciles de distinguir, sobre todo en las relaciones de Dios con los hombres; en hebreo: H. SIMIAN YOFRE, «trajamîn», en *TWAT* VII, 460-476; D. N.FREEDMAN – J. LUNDBOM, «jannûm», en *TWAT* III, 23-40; ; N. WALTER, «splagchnizomai»; «splagchnon», las entrañas, los órganos internos, en *DENT* II 1467-1473; H. KÖSTER, *ibid.*, *GLNT* XII, 903-934; «oiktirmōn», en *DENT* II 514-515; «pheidomai», en *DENT* II 1934; AA.VV., «parakaleo», en *GLNT* IX, 600-674; cf. K. ROMANIUK, *La misericordia nella Bibbia*. Milano 1999; C. ROCCHETTA, *Teologia della tenerezza*. Bologna 2014⁵; C. ROCCHETTA—R. MANES, *La tenerezza grembo di Dio amore*. Bologna 2015.

y recorre el camino de todos ellos con la *discreción* propia del amor. Dios, pues, sufre por amor. Por consiguiente, a la exclusión de la apatía hay que negar también toda *violencia* en Él⁵¹.

Se da un paso trascendental de Dios, donde se muestra compasivo y solidario con Israel, pero, a la vez, airado cuando el pueblo comete o padece la injusticia. Dios no puede soportar que la injusticia hiera a su pueblo o su pueblo se comporte al margen o contra la Alianza del Sinaí. El atributo *compasivo* está en el hilo conductor de las relaciones con Israel, por las veces que ha pecado, se ha alejado del Señor y se ha ido tras los dioses de las culturas vecinas contraviniendo la Alianza, pero al final: «Como el padre se apiada de los hijos, así Dios es compasivo para los que le temen» (Sal 103,13).

Compasión, a veces, se expresa con la expresión «entrañas de Dios», simbolizando su interioridad; el dolor, no es, pues, una realidad periférica o superficial en la vida divina⁵². Jesús hace suya esta palabra cuando se encuentra en situaciones donde el dolor y la miseria humana son tan evidentes, que no puede dejar de compadecerse⁵³. Así sucede cuando limpia a un enfermo afectado de lepra (cf. Mc 1,40-45par). El relato es muy escueto. «Se le acerca un leproso y arrodillándose le suplica: —Si quieres, puedes limpiarme» (Mc 1,40); Jesús «movido a compasión», «apiadado» por la situación que padece el leproso, le cura. En la ciudad de Naín, sita no muy lejos de Nazaret (10 km), se encuentra con un cortejo fúnebre que lleva en unas angarillas a enterrar a un muerto «hijo único de una viuda; la acompañaba un grupo considerable de vecinos» (Lc 7,12). Jesús no mira al cadáver, sino a la madre y «sintió compasión y le dijo: —No llores» (Lc 7,13). Esta *compasión* evoca al buen samaritano cuando ve al hombre herido orillado en el camino (Lc 10,33), o al buen padre cuando sale a recibir al hijo perdido (15,20). Es la misma compasión de Dios experimentada por Jesús. En ninguna de estas situaciones se pide ayuda, porque es la inclinación compasiva la que origina el servicio. Ni la viuda, ni los acompañantes solicitan que

⁵¹ Dios no persigue y castiga a los hombres, como se ha creído en otros tiempos. El sufrimiento de Jesús, su Hijo, no es el *precio* que paga el «hermano» de los hombres por los pecados que han cometido a lo largo de la historia y, con ello, aplaca la ira divina y cumple su justicia estableciendo la paz entre Dios y sus hijos. Jesús cumple la razón de su presencia en la historia: «Tanto amó Dios al mundo... » Jn 3,16; por eso afirma que «el Hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por todos» (Mc 10,45; cf. 1Jn 4,9; Rom 8,35.38-39).

⁵² Cf. Is 16,11; 63,15; Jer 31,20; cf. Sant 5,11.

⁵³ N. WALTER, «Esplogkhnisthazomai», en *DENT* II 1467-1470; H. KÖSTER, *ibid.*, *GLNT* XII, 903-934.

resucite al hijo. Lo mismo sucede cuando Jesús, al salir de Jericó, dos ciegos le piden por *compasión* que les devuelva la vista y, *compadecido*, les cura (cf. Mt 20,20-34), o de la gente que le seguía para escuchar la proclamación del reino y recibir sus beneficios (cf. Mt 9,27-31), siente «compasión» porque «andan como ovejas que no tienen pastor» (Mc 6,34). Dios se introduce en la historia por medio de su Hijo, que asume el dolor humano como algo propio; siente, pues, y acompaña el dolor.

2º *Dios es consolación*. El Señor da un paso más. Consolar entraña alguna ayuda, porque es proporcionar a una persona que sufre un auxilio con palabras o hechos para disminuir la pena. Repetimos: los significados de compadecer, consolar y tener misericordia se entrecruzan, pero en la experiencia del dolor y del pecado distinguimos este proceso, que es el movimiento que el Señor ha hecho⁵⁴.

Cuando Israel pasa por situaciones dolorosas, los profetas, además de indicar las infidelidades que han causado las desgracias que padecen, ofrecen el atributo consolador del Señor: «Consolad, consolad a mi pueblo»⁵⁵.

La actitud divina consoladora permanece inalterable en el NT, sobre todo la revela Jesús en las Bienaventuranzas, que podemos resumir en: «Dichosos los afligidos porque serán consolados»⁵⁶. La aflicción o la tristeza puede estar motivada por cualquier contratiempo, físico, psíquico o espiritual, por una desgracia nacional o cataclismo cósmico, incluso por la justicia de Dios o por el tirano de turno que rompe las esperanzas de los creyentes, como sucede con los discípulos cuando ajustician a Jesús: «¿Pueden los invitados a la boda ayunar [Mt: hacer duelo] mientras el novio está con ellos? Mientras tienen al novio con ellos, no pueden ayunar [Mt: Llegará el día en que les arrebaten el novio y entonces ayunarán]» (Mc 2,19par). El creyente se vuelve hacia Dios que le consuela, y le consuela porque promete o inicia la transformación de una situación mala, no querida, por otra donde se palpa la felicidad, como es el caso del pobre Lázaro: «Respondió Abrahán: Hijo, recuerda que en vida recibiste bienes y Lázaro por su parte desgracias. Ahora él es consolado y tú atormentado» (Lc 16,25).

⁵⁴ J. THOMAS, «parakaleo», en *DENT II 737-750*, entre otros —*parathymia; paregoria; pauo; eleeo*, etc.; cf. Gén 24,67: por un duelo; Rut 2,13 por pruebas; etc.

⁵⁵ Is 49,13; cf. 51,3,12; 52,9; 57,18; 66,13; Lc 2,25; etc.

⁵⁶ Mt 5,4, siguiendo a Is 61,2. Es como la tristeza que ambarga a los afectados por los desastres de Jerusalén: «Para consolar a los afligidos, los afligidos de Sión», de la que Tobías augura una reconstrucción gloriosa: 13,16. Con ello Dios conforta a su pueblo: «Como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo» Is 66,13; cf. Jer 31,13.

La comunidades cristianas unen el consuelo del Señor al de *Jesús*, el único mediador de las relaciones divinas. Por eso, reside en Jesús el consuelo del Señor (cf. Flp 2,1), que, además, unido al del Padre, tiene una dimensión eterna (cf. 1Tes 2,16).

Disponemos del texto antológico de Corintios: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en cualquier tribulación nuestra hasta el punto de poder consolar nosotros a los demás en cualquier lucha, mediante el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios! Porque lo mismo que abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, abunda también nuestro consuelo gracias a Cristo. De hecho, si pasamos tribulaciones, es para vuestro consuelo y salvación; si somos consolados, es para vuestro consuelo, que os da la capacidad de aguantar los mismos sufrimientos que padecemos nosotros. Nuestra esperanza respecto de vosotros es firme, pues sabemos que si compartís los sufrimientos, también compartiréis el consuelo» (2Cor 1, 3-6).

Como sucede con la compasión, también el consuelo tiene efectos positivos, por lo que los creyentes están llamados a consolarse siguiendo a Jesús, el consolador nato⁵⁷.

3º Dios es misericordia

a.- La misericordia, cuando se trata de un atributo divino, también abarca la compasión, la piedad, el perdón, la gracia, el favor, la benevolencia, etc. Además de comprender la misericordia como un sentimiento que impulsa a ser benévolo o indulgente en el castigo, indica la capacidad divina de *rehabilitar, recrear*, por la potencia amorosa, las situaciones que destruyen la Creación, y las personas que, por su vida, han perdido la esperanza de vivir⁵⁸. El Señor se presenta con amor misericordioso cuando perdona la iniquidad de Israel (cf. Éx 34,6-9) y se refrena en aplicar la justicia ante su pecado de infidelidad⁵⁹. Pero en un sentido positivo, de recrear la obra salida de sus

⁵⁷ Cf. 2Cor 7,13; 13,11; Ef 6,22; 1Tes 4,18; etc.

⁵⁸ Por eso la misericordia está unida al amor casi siempre, cf. H.J. ZOBEL, «jesed», en *TWAT* III, 8-70; en griego: F. STAUDINGER, «eleos», en *DENT* I 1310-1318; ÍD., «eleēmōn», en *DENT* I 1309; R. BULTMANN, *ibíd.*, en *GLNT* III, 339-424cf. supra, notas 49.53

⁵⁹ «Mi corazón se revuelve dentro de mí y al mismo tiempo se conmueven mis entrañas. No daré curso al furor de mi cólera... porque soy Dios, no hombre; el Santo en medio de ti» Os 11,7-9.

manos, el Salmo identifica al Señor por su atributo misericordioso⁶⁰. Y tan es así, que paulatinamente se pasa del atributo a su identidad y actitud misericordiosa, porque su Creación y sus criaturas han sido infectadas por el mal nacido de su libertad y son incapaces de salir de su estado de postración⁶¹.

b.- En el NT se parte de la afirmación: «Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando muertos por nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo; hemos sido salvados gratuitamente» (Ef 2,4-5). Una misericordia anunciada en los Cánticos de Zacarías y María (cf. Lc 1,54.78).

En efecto, Jesús enseña: «Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5,7). Misericordia no equivale a la especial sensibilidad que poseen determinadas psicologías ante los infortunios personales y sociales. Designa una forma de actuar y un sentido de vida que se traduce en la conducta clave de los seguidores de Jesús. Lucas (6,36) lo afirma sin rodeos: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso», y Mateo cambia esta exigencia por la perfección (cf. Mt 5,48), quizás porque ya la ha enunciado en las Bienaventuranzas. El amor de misericordia hacia los *necesitados* será la patente que los cristianos enseñen para ser reconocidos por Dios en el juicio: «Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era emigrante y me acogisteis, estaba desnudo y me vestisteis, estaba enfermo y me visitasteis, estaba encarcelado y acudisteis»⁶². Estas obras de misericordia están al alcance de toda persona, como enseña la parábola del Samaritano, aunque no posea nada para ayudar materialmente.

La misericordia también se explicita con el *perdón*. El relato del rey que tiene paciencia y perdona la gran deuda a su siervo expresa una actitud que será la regla para todos los que se integren al Reino. Recuerda la pregunta de Pedro a Jesús sobre cuántas veces debe perdonar. La repetición sin límites del perdón, «te digo que no siete veces, sino setenta y siete» (Mt 18,22), recrea la conducta de Dios reflejada al final de la parábola: «Así os tratará

⁶⁰ Cf. Sal 135; 99,5; misericordia con el pecador: Sal 50

⁶¹ Cf. W. KASPER, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*. Santander 2014⁶, 47-63.

⁶² Mt 25,35-46; es la regla que usará Dios al final: «La medida que uséis para medir la usarán con vosotros» Mt 7,2; Lc 6,38. Más tarde la Carta de Santiago (2,13) lo afirmará con más crudeza: «Será despiadado el juicio del que no tuvo piedad».

mi Padre del cielo si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano»⁶³. Bienaventuranza promulgada en el Sermón de la montaña, que juntamente con las otras, presenta el nuevo estilo de vida que trae el Mesías. No los pusilánimes sino los que, compadeciéndose de las necesidades de orden espiritual o corporal, salen activamente a su encuentro. No bastan los meros sentimientos interiores; son precisas actitudes prácticas en orden a solventar la necesidad del prójimo. Proviene de la caridad hacia el prójimo y debe tener por objeto todo prójimo, frente a la actitud de los rabinos que establecieron el principio de que quedaba prohibido manifestar misericordia frente al ignorante de la Ley. La enseñanza de Cristo tiene evidentemente valor universal (cf. Lc 10,29-37; Mt 25,31-46).

Jesús da un paso más y proclama que por encima de los sacrificios, que originan el perdón divino, está la misericordia: «Misericordia quiero y no sacrificio» (Mt 9,13; Os 6,6), porque advierte: «Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del anís y del comino, y descuidáis lo más grave de la ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad!» (Mt 23,23).

El capítulo 15 de Lucas muestra la misericordia divina en las parábolas del buen pastor, el dracma perdida y el hijo pródigo, a las que se suman la expuesta del buen samaritano, el rico y el pobre Lázaro Lc 10,29-37; 16,19-30) y la del siervo sin entrañas (Mt 18,23-35)⁶⁴.

c.- Pero la enseñanza de Jesús responde a la identidad de la relación concreta que ha establecido el Señor con los hombres. Por eso, no es una cuestión solo de enseñar, sino de vivir, y no solo de vivir, sino de ser, porque la *identidad* del Señor en su relación con las criaturas, y que revela la vida de Jesús, es *misericordia*. Y Jesús lo hace mostrando el amor misericordioso del Señor con su actitud con los pecadores y con los enfermos y afligidos⁶⁵, y

⁶³ Mt 18,35; la variante que aporta esta advertencia es que Dios se moverá para el perdón de los pecados en la misma medida en que el hombre perdona a sus semejantes, según reza el Padrenuestro (Mt 6,12.14-15; Lc 11,4).

⁶⁴ F. MARTÍNEZ FRESNEDA, *Jesús de Nazaret*. Murcia 2011³, 343-385; cf. J.J. BARTOLOMÉ, *La Alegría del Padre. Estudio exegético de Lc 15*. Estella (Navarra) 2000; A. PRONZATO, *Las parábolas de Jesús en el evangelio de Lucas*. Salamanca 2003; L. SCHOTTROFF, *Le parabole di Gesù*. Brescia 2007; G. DE LUCA, *La misericordia di Gesù. Percorsi di umanesimo nel Vangelo di Luca*. Città del Vaticano 2013, 209-218.

⁶⁵ Paralítico (cf. Mc 2,1-12); Levi (cf. Mt 9,9-13); la adúltera (cf. Jn 8,1-11); a la mujer pecadora (cf. Lc 7,36), Pedro (cf. Lc 22,61), los verdugos (cf. Lc 22,34), al buen ladrón (cf. Lc 23,42s); hay que perdonar siempre (cf. Mt 18,21s; Lc 17,3b.4); etc.

revelando el sentido que le da a su propia historia. E aquí parte la radicalidad de actuar con misericordia que le exige Francisco al Ministro. Lo hemos expuesto con la condición de siervo de Jesús⁶⁶: el sentido que los cristianos dan a la vida de Jesús, y el único posible que le pudo dar el mismo Jesús⁶⁷, es morir por los demás, para hacer posible la *recuperación* de la humanidad desde la presencia histórica del amor misericordioso del Señor.

Aún más. La actuación, enseñanza y vida misericordiosa de Jesús anula la visión y la identidad de Dios proveniente de los atributos griegos aplicados a la esencia metafísica divina. Ya no es cuestión ni de pensar ni de exponer la Inmutabilidad, la Causalidad incausada, el Ser Necesario, las perfecciones trascendentales del Ser Máximo; o la Inteligencia que ordena lo existente, etc., etc. El Dios que revela Jesús es el del Amor (cf. 1Jn 4,8.16), cuyo principal atributo es la misericordia.

4.2. Experiencia de Francisco

Francisco enseña al Ministro la clave de la revelación cristiana, que antes ha experimentado de una forma muy concreta. Es el recuerdo que hace en el *Testamento* de su conversión: «El Señor de esta manera me dio a mí, Fray Francisco, el comenzar a hacer penitencia: porque, como estaba en pecado, me parecía extremadamente amargo el ver a los leprosos. Y el Señor mismo me condujo entre ellos e hice misericordia con ellos. Y apartándome de ellos, aquello que me parecía amargo se me convirtió en dulzura del alma y del cuerpo; y después me detuve un poco y salí del siglo»⁶⁸.

⁶⁶ Cf. supra 2.1; W. KASPER, *La misericordia*, 75-85.

⁶⁷ H. SCHÜRMANN, *El destino de Jesús: su vida y su muerte*. Salamanca 2003, 117-354.

⁶⁸ *Tes* 1-3. La conversión de Francisco comienza con la *penitencia*, como enseña Jesús según el Evangelio de Mateo (1,15; 4,17); I. RODRÍGUEZ HERRERA comenta la frase «salí del siglo», según acabamos de escribir: «En *exivi de saeculo* hay que ver una salida de la vida pecaminosa para entregarse a la vida espiritual. No tiene sentido físico o corporal. De hecho sigue en su ciudad y con sus habitantes. Aquí se aparta Francisco abisalmente del monacato anterior y crea esta nueva concepción de la vida religiosa, sin retirarse a los desiertos, ni siquiera al monasterio. Por el contrario, al principio creó una comunidad itinerante por el mundo, sin residencia, y menos domicilio fijo, a imitación de Jesucristo y sus apóstoles», *Los Escritos*, 635.653; F. ACCROCA, «La conversione a Cristo di Francesco di Assisi», en AA.VV., *La conversione di san Francesco di Assisi*. Assisi 2006, 8-60; J.G. Bougerol, «Conversione», en *Dizionario Franceseano*. Padova 1983, 227-239; K. ESSER, *El Testamento de San Francisco de Asís*. Aránzazu 1981, 55-62; ÍD., *Temas espirituales*. Oñate 1980, 55-72; P. MARANESI, *Facere misericordiam*, 61-109; C. PAOLAZZI, *Escritos*, 395, notas 1-3; F.

El párrafo responde a lo que acabamos de exponer: la conversión es fruto del Señor, no de una conquista personal, y es el mismo Señor quien le conduce a los leprosos, porque su alejamiento responde a los criterios de vida que seguía antes de salir de «este mundo». Francisco funda la respuesta misericordiosa del Ministro a sus hermanos en que la vida discurre en la perspectiva divina, perspectiva que solo es posible con la fuerza dada por el mismo Dios⁶⁹. Francisco, como el Ministro debe hacer, sale de sí con la actitud divina de amor, de ternura, de misericordia, todo lo opuesto a la dureza del corazón, que impide lo que a continuación analizaremos de cómo Dios sale de sí para rehacer a sus criaturas.

La frase escrita al Ministro se relaciona, además, con lo que escribe en la *Carta a todos los fieles* (42-44): «Pero aquel a quien ha sido encomendada la obediencia y que es tenido como *mayor, sea como menor* (cf. Lc 22,26) y siervo de los otros hermanos. Y para cada uno de sus hermanos haga y tenga la misericordia que querría se le hiciese a él, si estuviera en caso semejante. Y no se irrite contra el hermano por el delito del hermano, sino que con toda paciencia y humildad benignamente lo amoneste y soporte». Francisco invoca la *Regla de oro* para los que desempeñan la autoridad, una ley ética antiquísima, y que también Jesús hace suya: «... todo lo que queráis que haga la gente con vosotros, hacedlo vosotros con ella»⁷⁰. Pero ello solo es posible si se erradica la ira del corazón y se modela con la humildad y la paciencia. Francisco no solo invita al Ministro que se olvide de sí y se ponga en el lugar del pecador, sino también que se haga pecado, como hemos visto antes de Jesús, y solo entonces podrá actuar con misericordia⁷¹. El Ministro no debe comportarse con misericordia, sino que debe *ser* misericordia. La concepción y experiencia de Francisco es una cuestión teológica, que no ética, porque Dios, cuando sale de sí con relación a su criatura, *es amor de misericordia*, y el Ministro, situado en la dimensión divina, para recuperar a sus hermanos debe recorrer los mismos pasos que el Señor ha dado para sal-

URIBE, «El proceso vocacional de Francisco de Asís. Los seis encuentros que determinaron su vida», en *Sel. Franc.* 88 (2001) 44-69.

⁶⁹ P. MARANESI detalla el camino recorrido por Francisco en la manos del Señor, cf. Tes 1-2.4.6.14.23, *Facere misericordiam*, 78-79; Íd., «*Facere misericordiam*. La conversione di Francesco secondo il Testamento», en *Fr. Fran.* 69 (2003) 91-125.

⁷⁰ Mt 7,12; Lc 6,31; cf. Gál 6,7; Tob 4,15; regla, por demás que está en todas las grandes religiones y culturas; cf. *Rnb* 4,4-5.

⁷¹ «Bienaventurado el hombre que sufre a su prójimo según su fragilidad, en lo que querría ser sufrido por él, si estuviera en caso semejante» *Adm* 18,1.

var a su criatura: «Y si pecara mil veces después delante de tus ojos, ámalo más que a mí, para que lo atraigas al Señor».

San Francisco escribe por dos veces: «... [un fraile] *que haya pecado todo cuanto haya podido pecar, que, después que haya visto tus ojos [...] Y si pecara mil veces después delante de tus ojos*». Los ojos suelen significar el espejo del alma en nuestra cultura occidental; expresan la vida interior que tiene una persona, para bien y para mal. Hay ojos de misericordia y de desprecio, como de esperanza y fatalidad. Todas las actitudes humanas se transparentan por los ojos⁷². Y Francisco, que sigue a Jesús tan de cerca que se identifica con él⁷³, pues es la viva imagen de la compasión, consolación y misericordia divinas, no puede aconsejar otra cosa ante el pecador que la misericordia, porque él la ha recibido de Dios y se ha unido a la pasión de Cristo, a la pasión de los pobres, a la pasión de las criaturas⁷⁴. Y es compasivo porque, como la misericordia, también la compasión le cambia y es capaz de transformar a todos los seres con los que se relaciona⁷⁵.

Exactamente podemos decir del consuelo. Francisco recibe de Dios, de los hermanos, hasta de las mismas criaturas, los consuelos en muchos momentos de su vida, sobre todo en los más penosos, como es la enfermedad y la muerte, y de esta forma puede consolar a los que sufren por cualquier causa⁷⁶.

4.3. Fraternidad abierta al mundo

Francisco coloca la compasión, el consuelo y la misericordia en las relaciones fraternas; pues no es una cuestión individual de algunos ministros o

⁷² Cf. Is 10,12; Ez 20,17; Prov 6,17; 21,4; Sal 25,15; etc.

⁷³ San Buenaventura lo define con «alter Christus», F. URIBE, *El Francisco de Buenaventura. Lectura de la Leyenda Mayor*. Salamanca 2008.

⁷⁴ 1Cel 17.60.77.79.94, 2Cel 10-11; LM 1,5; 13,10; etc.

⁷⁵ «Esta piedad es la que por la devoción le remontaba hasta Dios; por la compasión, le transformaba en Cristo; por la condescendencia, lo inclinaba hacia el prójimo, y por la reconciliación universal con cada una de las criaturas, lo retornaba al estado de inocencia. Sin duda, la piedad lo inclinaba afectuosamente hacia todas las criaturas, pero de un modo especial hacia las almas, redimidas con la sangre preciosa de Cristo Jesús. En efecto, cuando las veía sumergidas en alguna mancha de pecado, lo deploraba con tan tierna conmiseración, que bien podía decirse que, como una madre, las engendraba diariamente en Cristo. [...] Afirmaba que este oficio de misericordia es más acepto al Padre de las misericordias que cualquier otro sacrificio, sobre todo si se cumple con espíritu de perfecta caridad, de suerte que este trabajo se realice más con el ejemplo que con la palabra, más con plegarias bañadas de lágrimas que con largos discursos». LM 8,1.

⁷⁶ Cf. 2Cel 99.126; LP 56.83; etc.

hermanos: «Y, cuando puedas, comunica a los guardianes que por tu parte estás resuelto a obrar así». Es una actitud que debe ser *general* en la vida de la Orden, puesto que la obediencia, como hemos afirmado, tiene su sede en la fraternidad. De hecho, la parte final de la Carta, es la reglamentación de esta actitud de misericordia para toda la Orden: «En cuanto a todos los capítulos, que hay en la Regla, que hablan de los pecados mortales, con la ayuda del Señor en el capítulo de Pentecostés, con el consejo de los frailes, haremos un capítulo de este tenor: Si alguno de los frailes, instigándolo el enemigo, pecare mortalmente, esté obligado por obediencia a recurrir a su guardián. Y todos los frailes que sepan que ha pecado, no le causen vergüenza ni detracción, sino tengan gran misericordia acerca de él, y mantengan muy oculto el pecado de su hermano; *porque no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos* (Mt 9,12). Igualmente, por obediencia estén obligados a enviarlo a su custodia con un compañero. Y el custodia mismo atiéndale misericordiosamente, como él querría que se le atendiese, si estuviera en caso semejante. Y si cayere en otro pecado venial, confíeselo a un hermano suyo sacerdote. Y si no hubiere allí sacerdote, confíeselo a un hermano suyo, hasta que haya sacerdote que lo absuelva canónicamente, como se ha dicho. Y éstos no tengan enteramente potestad de imponer otra penitencia sino ésta: *Vete y no peques más* (cf. Jn 8,11)»⁷⁷.

Pero la fraternidad, o los hermanos en nombre de ella, son los que deben expresar la misericordia que se vive en las relaciones internas y *distinguir* la misericordia de la justicia, para que pueda funcionar la cultura, la fe, la sociedad y la Orden.

a.- Francisco aprecia a los religiosos como un don de Dios, un regalo del Señor: «El Señor me dio hermanos»⁷⁸, porque ha constituido a todos los hombres como hijos suyos y hermanos de Jesús⁷⁹. La fraternidad franciscana es, además y sobre todo, una fraternidad *abierta*. No vive desde sí misma y para sí misma, sino que se funda por una llamada del Señor para servir a los pobres⁸⁰. Su presencia abarca a todos los humanos, amigos o enemigos, porque son sus hermanos, ya que su Padre hace salir el sol para todos⁸¹. Por

⁷⁷ *CtaM* 13-22; cf. *Rb* 7,1-3; 8,2; *Rnb* 5, 7.8.16; 7,1-2;13,1; 19,2; 20,1-4;

⁷⁸ *Test*14; cf. *Rnb* 5,3-4.9-14; 22,23; *Rb* 10,1-2; *CartO* 30-33; etc.

⁷⁹ *CartO* 5.11; *2CartF* 52.56. Citas: Hech 2,14.17; Heb 12,7; Mt 12,50; 1Cor 6,20; Jn 10,15; Jn 17,11.

⁸⁰ Mt 18,20; 28,20; cf. 1,23; Jn 14,18-21; etc.

⁸¹ Cf. Lc 6,27-36; Mt 5,45. Mt 5,45; 25,35-40.

consiguiente, para Jesús la fraternidad existe porque sirve a los demás, y no se contempla a sí misma al margen de la realidad humana.

Francisco no es ajeno a la compasión que le hace salir de sí y de su fraternidad para anunciar la salvación y la paz a los necesitados; lo simboliza en su actuación misericordiosa con los leprosos, como hemos afirmado⁸². Y es lo que reglamenta para todos los hermanos, que pueden pedir ayuda para ellos: «Todos los frailes empéñense en seguir la humildad y pobreza de nuestro Señor Jesucristo y recuerden que ninguna otra cosa debemos tener del mundo entero, sino que, como dice el Apóstol, teniendo alimentos y con qué cubrirnos, con esto estamos contentos. Y deben darse cuando conviven con personas viles y despreciables, con pobres y débiles y enfermos y leprosos y los mendigos junto al camino»⁸³.

b.- La urgencia de *manifestar* la misericordia al mundo lo han escrito los papas Francisco y Juan Pablo II, que sintetizan muy bien el rico contenido que tiene esta palabra y la sitúan en el centro de este mundo inmisericorde: « [La misericordia] está dictada por el amor al hombre, a todo lo que es humano y que, según la intuición de gran parte de los contemporáneos, está amenazado por un peligro inmenso. El misterio de Cristo [...] me obliga al mismo tiempo a proclamar la misericordia como amor compasivo de Dios, revelado en el mismo misterio de Cristo. Ello me obliga también a recurrir a tal misericordia y a implorarla en esta difícil, crítica fase de la historia de la Iglesia y del mundo»⁸⁴ (MV 11).

Los dos Papas Juan Pablo II y Francisco subrayan la deshumanización que pone en peligro el núcleo central del mensaje cristiano, y la defensa, desde la fe cristiana, de la humanización/divinización de la creación y de la historia.

Basta echar una ojeada a nuestro mundo para verificar la frase de los Papas: en el siglo XX hemos tenido tres guerras mundiales e incontables

⁸² *ICel* 17; *Test* 1-2; *LM* 1,6: «Se revistió, a partir de este momento, del espíritu de pobreza, del sentimiento de la humildad y del afecto de una tierna compasión. Si antes, no ya el trato de los leprosos, sino el sólo mirarlos, aunque fuera de lejos, le estremecía de horror, ahora, por amor a Cristo crucificado, que, según la expresión del profeta, apareció despreciable como un leproso, con el fin de despreciarse completamente a sí mismo, les prestaba con benéfica piedad a los leprosos sus humildes y humanitarios servicios. Visitaba frecuentemente sus casas, les proporcionaba generosas limosnas y con gran afecto y compasión les besaba la mano y hasta la misma boca».

⁸³ *Rnb* 9,1-2; cf. *Rb* 6,2; 12,4; 1Tim 6,8.

⁸⁴ S. JUAN PABLO II: *Dives in misericordia*15; Papa FRANCISCO, *Misericordiae vultus* 11.

regionales; en el siglo XXI sufrimos el terrorismo islámico, la persecución de los cristianos, las guerras y matanzas en muchos países de África, los emigrantes hundidos en el Mediterráneo; países abandonados a su suerte, con carestía de alimentos, educación y sanidad; familias rotas y gente deshumanizada por el afán de lucro; etc. Nuestras sociedades occidentales viven en la práctica como si Dios no existiera: la familia y el trabajo guiados por la facilidad de vida y el dinero. Dios es irrelevante y, por consiguiente, se experimenta la ausencia del sentido de la vida que ha revelado en la historia de Jesús. En nuestra cultura occidental, la gente vive lo inmediato, sin más horizonte que moverse de una forma distraída, ajena a la trascendencia, pendiente del producto de su trabajo. Desaparece la alteridad, el amor gratuito y libre, y queda solo un sentimiento, y el sentimiento es muy poco duradero. Y si se renuncia a plantear la pregunta por el sentido de la vida, se abandona la lucha por la justicia. Ya hemos visto en qué han quedado los grandes proyectos de justicia colectiva del siglo XX. Si no hay Dios, un Dios que empuje a vivir, ya no hay esperanza⁸⁵.

La vida y la doctrina de Jesús, transmitida por la Iglesia y la Orden, es la que debe suscitar la conciencia de mal y desgracia que se da en nuestra cultura y pueblos para que sea posible el encuentro entre el hijo pródigo y el padre, porque de este encuentro es desde donde surge la vida. La mirada que alude Francisco es la que transmite la dimensión más profunda de Dios y de nosotros: sin palabras, sin gestos, sin acciones; lo importante es que encuentren la luz el pecador y las instituciones que generan la maldad para que sigan los procesos de compadecer, consolar, recrear (misericordia). El amor misericordioso que se expresa en el perdón, se narra con la salida de sí para encontrarse con él (la oveja perdida); dar siempre el perdón (perdonar setenta veces siete) es el perdón de una madre, de un padre para poder recuperar a su hijo; porque el objetivo final siempre es recuperar al hijo *recreando la vida*; no haciendo justicia legal, retributiva o distributiva.

c.- Si esto es verdad, también lo es que la primera solución ante las desgracias que hay en la historia humana es la *justicia*. Jesús distingue entre el *orden de la creación y de la justicia* y el *orden de la salvación y la misericordia* entre los dos hijos de la parábola del Padre misericordioso (cf. Lc 15, 11-32). Los dos órdenes no pueden *confundirse*, porque de lo contrario rom-

⁸⁵ E. BLOCH, *Principio Esperanza*. Madrid 2007; E. NARDONI, *Los que buscan la justicia*. Estella (Navarra) 2002; J.L. REY PÉREZ, *Discurso de los derechos: una introducción a los Derechos Humanos*. Madrid 2011.

pepos la convivencia humana. El papa Francisco lo dice expresamente: «La misericordia no es contraria a la justicia sino que expresa el comportamiento de Dios hacia el pecador, ofreciéndole una ulterior posibilidad para examinarse, convertirse y creer [...] Esto no significa restarle valor a la justicia o hacerla superflua; al contrario, quien se equivoca deberá expiar la pena. Solo que este no es el fin, sino el inicio de la conversión» (MV 21).

Lo primero que exige Dios ante la generalizada corrupción es que se alcance la justicia en las relaciones con Él, en cuanto significa la aceptación de su voluntad, voluntad que no es otra que la justicia y la paz en las relaciones humanas⁸⁶. La misericordia no significa evadir las responsabilidades humanas en términos de justicia, llámese legal, distributiva o retributiva que hacen posible la convivencia humana. La misericordia sobrepasa a la justicia, o busca su raíz última para rehacer a las personas, pero no para anularla o puentearla.

Como sucede en la comunidad cristiana, siguiendo a Jesús,⁸⁷ así también legisla Francisco para que se tengan unas relaciones justas transidas por la caridad en la fraternidad franciscana. Toda transgresión de la fe o del orden evangélico fraterno merece un castigo con el fin de recobrar el equilibrio dentro de la comunidad⁸⁸. Los ministros tienen la obligación de corregir para que no se degrade el clima fraterno, aunque deben hacerlo con caridad: «Los frailes que son ministros y siervos de los otros frailes visiten y amonesten a sus frailes, y humilde y caritativamente corrijánlos, no mandándoles algo que sea contra su alma y nuestra Regla»⁸⁹. Tan importante es esto, que los hermanos deben aceptar de buen grado las correcciones, incluso deben amar a los superiores que los corrigen: « Bienaventurado el siervo que siempre permanece bajo la vara de la corrección. Es siervo fiel y prudente (cf. Mt 24,45) el que en todas sus ofensas no tarda en castigarse interiormente por la contrición, y exteriormente por la confesión y por la satisfacción de obra»⁹⁰.

⁸⁶ Is 5,1ss; Ez 18,1; 20,21-24; 33,6-9; Am 2,1ss; Sal 103,6; 2Cor 5,21; etc

⁸⁷ Pablo defiende la autoridad en la sociedad y en la Iglesia 2Cor 5,20; Col 3,16; etc., como la corrección entre los cristianos 1Tes 5,11.14; 2Tes 3,15; 2Tim 2,25; Tit 1,13; 2,15; Mt 3,15; 5,20-21; etc.

⁸⁸ *Adm* 2,4; *Rnb* 13,1; quien desprecia la Eucaristía; *CtaO* 17-20; etc.

⁸⁹ Y continúa: « Mas los frailes que son súbditos recuerden que por Dios negaron sus propias voluntades. Por donde les mando firmemente, que obedezcan a sus ministros en todo lo que prometieron al Señor guardar y no es contrario al alma y a nuestra Regla» (*Rb* 10,1-3).

⁹⁰ *Adm* 23,2-3; «... y amar a los que nos persiguen y reprenden y acusan, porque dice el Señor: *Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen y calumnian* (cf. Mt 5,44)» *Rb* 10,10.

Conclusión

La Carta termina: «*Este escrito, para que se observe mejor, tenlo contigo hasta Pentecostés; allí estarás con tus frailes. Y estas cosas y todas las otras que se echan de menos en la Regla, con la ayuda del Señor Dios, procura-réis completarlas*». La misericordia no es un acto individual, sino comunitario; es hacia donde conduce la vida evangélica que Francisco ha trazado para la Orden dentro del seno de la Iglesia; por eso manda reglamentarla, para que nunca se olvide ni la justicia —la radicalidad de la pobreza, entre otras cosas, es su mayor reclamo a un mundo tan injusto como el suyo y el de siempre— ni el amor misericordioso del Señor, que es el único camino de la salvación histórica y eterna. Así termina Francisco en *Las alabanzas del Dios Altísimo*:

«Tú eres esperanza nuestra,
tú eres fe nuestra,
tú eres caridad nuestra,
tú eres toda dulzura nuestra
tú eres vida eterna nuestra:
Grande y admirable Señor,
Dios omnipotente, *misericordioso Salvador*».

